Angel L. Cabrera

BOLETIN
de la
Sociedad Argentina de Botánica

VOLUMEN XIX | JULIO 1980 | Nº 1 - 2

PERSONALIDAD DEL DR. ANGEL LULIO CABRERA

Por ROBERTO KIESLING Y J. E. WRIGHT

Con este número del BOLETIN, la SOCIEDAD ARGENTINA DE BOTANICA desea rendir un cálido homenaje a quien hasta 1977 —y desde su fundación en 1945— fuera su Director y su "alma mater". A ello se agrega la feliz circunstancia de haberse cumplido, en 1978, el 50º aniversario de su primer trabajo botánico y los 70 años de edad. Este momento lo encuentra animado del mismo entusiasmo de siempre para la investigación botánica y no ha mermado un ápice su salero para la tertulia amable.

Hijo del destacado zoólogo y paleontólogo Dr. Angel Cabrera, nació el 19 de octubre de 1908 en Madrid, España. Terminados los estudios secundarios en su país natal, llegó a la Argentina, donde su padre había sido contratado como investigador y profesor por el Museo de La Plata. Seguramente contagiado de su padre por el amor a la naturaleza, ingresó inmediatamente al Instituto del Museo (hasta hace poco Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata). Siendo todavía alumno, participó como colaborador en excursiones zoológicas, donde debió trabajar en taxidermia, tarea que no le agradaba, lo que probablemente lo orientó hacia la ciencia amable.

A la sazón era profesor de botánica en el Museo D. Augusto Scala, quien sucesivamente dictaba diferentes asignaturas. Quien tuvo una influencia decisiva en su formación profesional fue Lorenzo R. Parodi, a quien conoció cuando éste dictaba cátedra en la Facultad de Agronomía de La Plata. Parodi fue su verdadero maestro y a él se acercó Cabrera en la cátedra y en su casa, al igual que otros jóvenes, como Arturo Burkart y Román A. Pérez Moreau. Parodi, además de agrostólogo e innovador en la botánica argentina, realizó quizás una tarea mucho más importante al formar una pléyade de discípulos en la botánica.

Guiado y estimulado por Parodi, efectuó numerosos trabajos de investigación en botánica sistemática. El primero de ellos —publi-

cado aún siendo alumno— versa sobre las compuestas de los alrededores de La Plata. Ya en él se aprecian las ideas lógicas y simples que siguió teniendo en toda su carrera profesional: comenzar por conocer lo que se tiene cerca antes de lo que se encuentra lejos. Estos razonamientos los transmitió a amigos y discípulos; recientemente Eugenia Navas nos contaba que su "Flora" de los alrededores de Santiago de Chile, fue idea de Cabrera. Se doctoró en Ciencias Naturales en 1931.

Los conocimientos de Cabrera en las Ciencias Naturales son prácticamente enciclopédicos. Posee una buena formación básica en zoología y geología, y porque acostumbra hojear cuanta revista sobre ciencias naturales le cae en mano, que sintetiza y ficha en su estupenda memoria. Con mucha mayor soltura, por supuesto, se maneja en botánica, no sólo en sus especialidades, la taxonomía de las Compuestas y de las fanerógamas en general, y la fitogeografía, sino en diversas otras y conoce como ningún otro la flora de nuestro país y también de la parte austral de América del Sur. No obstante, difícilmente opine fuera de sus especialidades. Maneja con soltura el latín botánico, y en varias oportunidades dictó cursos sobre él. Durante muchos años ilustró sus trabajos con dibujos propios, prefiriéndolos a los de dibujantes profesionales, y en ellos exhibe un estilo sintético pero eficaz. También tuvo en su única hermana, María Teresa, eximia dibujante, una activa colaboradora en la ilustración de sus trabajos. Sus dibujos son simples, casi esquemáticos, pero en pocos trazos dan la idea de la planta en conjunto y en los detalles.

Su actividad docente fue múltiple, y su principal campo de acción durante muchos años fue la Universidad Nacional de La Plata, en especial el Museo. Conoció todos los escalones, desde Ayudante hasta Profesor Titular, en varias cátedras (Botánica, Latín y Nomenclatura Científica, Fitogeografía y Ecología Vegetal, etc.). En diversas oportunidades se le propuso ser Decano de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo, pero jamás aceptó. Fue, en cambio, integrante laborioso y responsable de numerosas comisiones en las que le tocó actuar en el Museo y en la Universidad de La Plata, en la Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires, en la comisión asesora sobre Zonas Aridas de la OEA, y en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Fue, además, Jefe de la Sección Plantas Vasculares y Director del Departamento de Botánica del Museo de La Plata. En el año 1972 fue designado Profesor Emérito del mismo Museo y Facultad.

En 1976, al fallecer su amigo dilecto Ing. Agr. Arturo Burkart, aceptó reemplazarlo en la dirección del Instituto Darwinion, cambiando así el lugar de trabajo de toda su vida. Su labor en este cargo —con su abrumadora tarea científica y administrativa— ha sido intensa, manteniendo las mismas pautas de seriedad y eficiencia del Ing. Burkart, y ampliando sensiblemente el plantel de investigadores y personal auxiliar. Ello motivó su renuncia a la dirección del BOLETIN, que había fundado en 1945 y dirigido hasta 1977, cuando estaba ya en su volumen XVIII. Además, no deseaba acumular la dirección de más de una revista botánica, pues debió hacerse cargo de "Darwiniana" y de la nueva publicación por él fundada —"Hickenia"— para poder publicar novedades taxonómicas en forma rápida y económica.

Una imagen familiar: el Dr. Cabrera en su ambiente preferido, el trabajo de campaña.

Su personalidad científica se perfila también en su vida particular. Está casado con Sara Amabet, compañera de todos sus momentos: viajes, trabajos, deportes, con la que tuvo tres hijas: Marisa y Elsa, farmacéuticas, y Susana, botánica especializada en algas marinas, y quienes le han dado 4 nietas y 2 nietos. A pesar de su actual dispersión geográfica, la familia Cabrera no ha dejado de ser unida. En la casa paterna, las tres hijas tuvieron muchas actividades en común con sus padres: practicando deportes náuticos o haciendo viajes por ambas márgenes del Río de la Plata en velero. Cabrera gustó desde joven de la vida de río; a veces cuenta cómo viajaba en bote solo o acompañado de Burkart por el Delta del Paraná coleccionando durante semanas, comiendo y durmiendo en el bote y reaprovisionándose en almacenes de la zona.

Si uno no conoce a Cabrera debe unírsele en algún viaje botánico. No aparenta apresuramientos, pero casi no hay pausas. Prácticamente no existen las órdenes, y cada uno asume las responsabilidades y tareas que desea. El resultado es que todos trabajan con entusiasmo y libremente —tiene idéntica actitud en el laboratorio— y cuando alguien raramente no se contagia del entusiasmo simple-

mente no será invitado para otros posteriores. Es bromista y posee una larga retahila de cuentos que expone con fruición en el gracioso acento madrileño que no ha perdido. Los imprevistos desagradables —desde una semana lluviosa a un desperfecto grave en el vehículo— pareciera que apenas lo fastidian. Sólo los problemas de salud o evidenciar poca preocupación por las plantas, realmente lo alteran.

Una de sus cualidades menos conocida es su imparcialidad. Su modestia linda con la ingenuidad. A pesar de su renombre, cargos y premios obtenidos, presenta cada solicitud de subsidio, por ejemplo, suponiendo que habrá de ser denegada. Aunque reconoce su importancia, los viajes a congresos y reuniones científicas los hace a regañadientes, pensando en la tarea que deja de hacer en ese lapso. Por lo general, en los últimos tiempos es invitado especial, y no puede negarse. Lo contrario ocurre con las Jornadas que organiza la Sociedad, adonde acude para pulsar la actividad de los distintos centros botánicos del país. Por otra parte, el concurso de una de sus charlas o disertaciones tiene asegurada audiencia nutrida, por sus condiciones de expositor ameno y sus temas de interés permanente (amén de las buenas diapositivas en colores que siempre exhibe).

Sus numerosos alumnos se han dispersado por todo el país y el extranjero, entre otros: Delia Abbiatti, Noemí N. Correa, Delia Añón Suárez, Aída Pontiroli, Genoveva Dawson, Humberto A. Fabris, Cristina Orsi, Amelia Torres, Jorge Morello, Elsa Zardini, Jorge Crisci, Roberto Kiesling y Fernando Zuloaga. Dirige el trabajo con entusiasmo e incita al alumno a terminar su trabajo. Considera que la formación de un botánico no es completa si no realiza un trabajo intenso de investigación original, que lo obligue a manejar herbarios, consultar bibliografía, estudiar las plantas y resolver individualmente los problemas que se van presentando. Opina que, sea cual fuere la orientación futura, conviene hacer una tesis en un tema de sistemática, ya que es necesario para todo botánico tener una buena base en esta especialidad.

Su intensa labor le ha sido reconocida en reiteradas oportunidades. Fue Presidente de nuestra Sociedad en el período de su fundación (1945-47). Es miembro correspondiente de la Academy of Natural Sciences, de Filadelfia (EE.UU.), de la Sociedad Peruana de Botánica, del Instituto de Ciencias Naturales del Ecuador, de la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales, de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba (Argentina), de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Buenos Aires, y de la Academia Chilena de Ciencias Naturales. Ha sido Vicepresidente de la Sección Taxonomía de Fanerógamas del VII Congreso Internacional de Botánica de Estocolmo (1950), e invitado de honor en representación de la Argentina al III Simposio de Farmacobotánica, celebrado en Cuba en 1956, entre otras reuniones.

Fue becario de la John S. Guggenheim Memorial Foundation de EE.UU., y ha obtenido el Premio a la Producción Científica y Literaria Regional (1941), a la Investigación de la Sociedad Científica Argentina (1967), al "Mérito D. Joao VI", Brasil (1958), "Dr. Abraham Mibashan" (1967), y "Provincia de Buenos Aires" (1972).

Su nutrida bibliografía consta de más de 170 trabajos de investigación, la mayoría sobre Compuestas y Fitogeografía. Sus obras "La vegetación de la Argentina" publicada en Summa Geográfica, en colaboración con L. Hauman, y L. R. Parodi, el "Manual de la flora de los alrededores de Buenos Aires" (1953), cuya segunda edición acaba de aparecer, y sus "Floras de la provincia de Buenos Aires" y "Flora de la provincia de Jujuy", son ya clásicas. Pero también descolló por sus escritos sobre relación de viajes, reseñas, textos y biografías, en número de veintisiete.

Sus setenta años cumplidos lo encuentran joven anímica y físicamente y —quizá costumbre a fuerza de ser tantos años profesor— rodeado de jóvenes egresados, a los que dedica especial atención y tiempo.